

“POUR LA GALERIE DE L’HISTOIRE”.
UNA APROXIMACIÓN A LA CONCEPCIÓN HISTORIOGRÁFICA DE
TOCQUEVILLE EN LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA

María González Warcalde¹

recibido: 26 mayo 2021

aceptado: 3 de diciembre 2021

Resumen: El presente trabajo busca explorar la distinción *tocquevilleana* entre las tendencias de los historiadores de tiempos aristocráticos y democráticos en *La democracia en América*. Particularmente se analizará uno de los capítulos que pertenece a lo que podría denominarse la crítica cultural del autor a la sociedad democrática, vinculando aquel tema con otros aspectos de la obra y de la formación de Tocqueville, cuando resulte de interés.

Palabras clave: Tocqueville - Historia - Historiografía - *La democracia en América*

Abstract: The article explores Tocqueville’s distinction between the historian tendencies of the aristocratic and democratic times in *Democracy in America*. In particular, it will analyse one chapter that is part of what could be called the cultural criticism of the author to the democratic society, linking the topic with other aspects of his work and his intellectual formation when considered of interest.

Key words: Tocqueville - History - Historiography – *Democracy in America*

¹ Universidad Católica Argentina. Programa sobre Estudios Históricos de la Argentina Contemporánea (PEHAC). Email: mariagonzalezwarcaldee@gmail.com.

Agradezco la lectura del Dr. Enrique Aguilar (realizada durante el seminario) y de la Dra. María Pollitzer. Los posibles errores y observaciones realizadas en el trabajo corren por cuenta exclusiva de la autora.

Introducción

“Se observa que la historia es una galería de cuadros en la que se exhiben pocos originales y muchas copias”.

Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*

Cruzó el Atlántico para estudiar el sistema carcelario y, en su lugar, indagó sobre el fenómeno de las sociedades democráticas y cómo conciliaban los principios de igualdad y libertad. En enero de 1848 avizoró que los franceses se estaban durmiendo sobre un volcán, y casi un mes después estalló una revolución. ¿Quién fue aquel personaje a quien “no es difícil ni arbitrario ubicar (...) en el centro del escenario político surcado por la polarización, y que tiene en uno de sus extremos al socialismo de los obreros parisinos y en el otro al bonapartismo” como describe Eugenio Kvaternik (2010:132)? Aquella figura no es otra que la del francés Alexis Henri Charles de Clérel vizconde de Tocqueville, mejor conocido como Alexis de Tocqueville (1805-1859), quien perteneció “al mundo vencido de la Revolución Francesa, del que extrae, como todos sus contemporáneos el doble sentimiento de marcha irreversible de la historia y de la desaparición del mundo” (Furet, 1984:231). Intelectual y político, Tocqueville fue elegido académico de la Academia de Ciencias Morales y Políticas (en 1838) y de la Academia Francesa (en 1841), fue diputado entre 1839 y 1841, miembro de la convención constitucional y ministro de asuntos exteriores durante la presidencia de Luis Napoleón.

Dos de sus obras más renombradas son *La democracia en América* y *El Antiguo Régimen y la Revolución*. En ambas se halla presente una preocupación común, que puede encontrarse en varias cartas que le mandó a Stuart Mill (Tocqueville, 2003): cómo conducir por las sendas de la libertad, el paso irrefrenable de las sociedades modernas hacia la igualdad social. De allí que Tocqueville dirigió su mirada hacia la democracia norteamericana, “aunque no sea más que para saber lo que nosotros, tenemos que esperar o temer de ella” (Tocqueville, 1945: CXII). Tal como sostiene Wilhelm Hennis (1981: 15-17), aquella esperanza y temor aludían al modo y forma en que dirigían la vida común y que era realizable para los franceses. La lectura de Tocqueville adquiriría así un carácter normativo, pero no por ello dejaba de ser científica su aproximación, según Hennis.

El objetivo del presente trabajo es analizar la concepción historiográfica de Tocqueville tal como lo plantea en *La democracia en América*, atendiendo en particular a su distinción entre las tendencias propias de los historiadores de los tiempos aristocráticos y democráticos. Si bien esta obra no es netamente histórica, y en aquel sentido resultaría más acertado abordar *El Antiguo Régimen y la Revolución*, lo interesante de la misma es la paradoja que presenta: sin ser una obra histórica, e incluso ante la incapacidad de las interpretaciones y esquemas históricos para explicar el fenómeno democrático norteamericano, la historia está muy presente. El recurso a la historia no servía para explicar la unicidad del caso estadounidense, pero sí ponía en evidencia que era un caso único; por tanto, la historia, sino patente, estaba latente en la obra y pensamiento de Tocqueville. Existen diversos trabajos que analizan la concepción histórica de Tocqueville, pero son menos los que profundizan sobre su interpretación de la historiografía, y de allí la posibilidad de buscar desentrañar dicha cuestión. Así, se sostendrá que el operativo para develar la construcción del discurso histórico de Tocqueville implica apreciar la lectura que aquél realizaba del presente, para desde allí descifrar la clave *tocquevilleana* de lectura del pasado. De esta forma se afirmará que la mirada de Tocqueville respecto a cómo avanza la historia resulta fundamental para apreciar los tipos historiográficos que dicho autor identificaba como el aristocrático y el democrático.

Se entenderá por historia a la “ciencia de los hombres en el tiempo” (Bloch, 1967: 26), tal como lo definió Marc Bloch. Aquella aproximación resulta de interés dado que permite contemplar la historia a través de las distintas dimensiones del tiempo (pasado, presente y futuro), lo cual se encuentra en sintonía con el análisis de Tocqueville. De esta forma, la comprensión de la democracia americana coetánea (presente), requería de una interpretación de cómo llegó a aquél estado (lo que implicaba elaborar una explicación histórica), con el fin de entender y prever lo que podía ocurrir en Francia (dimensión futura). De esta forma, se considerará la concepción de historia *tocquevilleana* desde distintas perspectivas. Por un lado, se aludirá al trabajo de indagación que implicó que Tocqueville recurriera a referencias históricas como criterio de autoridad; a la apelación a la memoria; y a la necesidad de elaborar una explicación a través de la interpretación de las relaciones de causalidad, las cuales se plasmaron con una retórica particular. Por otro, es menester considerar las diversas dimensiones del tiempo, analizar la esfera de la libertad humana y su interacción con otro tipo de dimensiones y cuál era para Tocqueville el sentido de la historia -si es que lo tenía-. Así, se considerará quién era

para Tocqueville el protagonista de la historia, y en aquel sentido se profundizará en el lugar que ocupaba la persona en la historia.

Por concepción historiográfica, Jaume Aurell (2005) entiende a la historia intelectual a través de los textos históricos, los cuales revelan los contextos intelectuales e ideológicos de la época en que fueron articulados, con autonomía de la información que brindan del objeto de estudio. Así, el análisis historiográfico ocurre cuando un historiador analiza la producción histórica que le precede, prestando atención a la relación del texto histórico con el contexto en el que fue articulado, y se busca identificar los lazos de sociabilidad, formación académica y preferencias temáticas del autor. A su vez, se considera la circulación de la obra, movimiento al que pertenece, auditorio al que se dirige y atiende a cuestiones esenciales al quehacer del historiador. Entre las mismas cabe señalar la búsqueda de la verdad, el tipo de atribución causal, la forma de construir el relato, la configuración del tiempo histórico, el sentido de la historia y el rol de la memoria, todos elementos que destaca François Dosse (2004).

En un primer apartado se brindará una breve contextualización intelectual de Tocqueville, remitiendo en particular a elementos que resultan de interés para comprender su concepción histórica. En segundo lugar, se considerará cómo fue abordado el análisis de la concepción histórica de Tocqueville en relación a cómo avanzaba la historia y cómo consideraba a la naturaleza humana. La mirada antropológica resulta fundamental, dado que el hombre es el protagonista de la historia; por tanto, según se aprecie a la naturaleza humana se interpretará el accionar de la misma y de allí devendrán las lecturas sobre los acontecimientos. En un tercer apartado se indagará sobre las claves de interpretación que brindaba Tocqueville para explicar los tipos historiográficos de la era aristocrática y democrática. Esto implicará considerar comparativamente quién era el protagonista de la historia, tipos de causalidad, la relación con la verdad, y el rol y/o función social del historiador.

Entre la praxis política y las ideas

Para comprender la formación intelectual de Tocqueville es menester considerar en primer término su origen nobiliario. Partidario de los Borbones, creció en el seno de una familia de la que fallecieron varios miembros durante la Revolución Francesa. Una segunda clave para

entender el pensamiento de Tocqueville es su aproximación epistemológica. La misma se modificó hacia 1823 tras una crisis conocida como la “crisis de la ciudad de Metz” (Hayn, 2019), y en la que pasó a considerar que solo era posible hacer una aproximación a la verdad porque las certezas no se podían aprehender por completo. Años después afirmó que existían tres estadios epistemológicos: la creencia absoluta en los padres, el escepticismo y finalmente la creencia reflexiva. En aquella crisis de la ciudad de Metz también entró en crisis su religiosidad. A pesar de ello, tal como se manifestó en sus obras, para Tocqueville la religión proveía de una disciplina saludable a la democracia, y por tanto debía estar presente en aquel tipo de sociedades. Como afirma María Pollitzer, Tocqueville no consideraba que el hombre fuera absolutamente independiente en lo que respecta a la moralidad e intelectualidad, y de allí que la religión tenía un rol preponderante y constituía un “yugo saludable” (Pollitzer, 2013:24). Un tercer elemento para comprender la formación intelectual de Tocqueville es que asistió a unos cursos de Historia dictados por François Guizot. Si bien Tocqueville fue crítico de la actuación política del autor de *Historia de la Revolución de Inglaterra y De soberanía*, valoró e incluso se sirvió de los conceptos aprendidos de aquél para reflexionar sobre la realidad norteamericana en su obra *La democracia en América*².

Para redactar aquella obra³, Tocqueville viajó a Estados Unidos. Aquel viaje tuvo una doble motivación. En primer lugar, decidió apartarse del escenario político francés por su disconformidad con la revolución y el desplazamiento de los Borbones. Además como indica Enrique Aguilar (2018:88), a Tocqueville le inquietaba el excedente de funcionarios, la intervención del Estado en la vida privada y la injerencia del poder ejecutivo en el judicial. En segundo lugar, viajó a Estados Unidos por las dificultades intelectuales frente a las que se hallaba y necesitaba dar respuesta: ¿cómo comprender la existencia de una forma de sociedad que era democrática y donde el principio rector era la igualdad? De esta forma, Estados Unidos cumplía con los requisitos de ser una democracia e incluso consideraba que aquella había

² Tal como lo expresó el mismo Tocqueville en una carta a un primo. Entre 1828 y 1829 Tocqueville asistió a las clases de Historia dictadas por Guizot en la Sorbonne. Cfr. Mélonio, F. (2007). Tocqueville and the French. En: *The Cambridge Companion to Tocqueville* (pp. 337-358), Londres, Inglaterra: Cambridge University Press.

³ Existen diversas lecturas respecto si existe continuidad o no entre ambos volúmenes, el primero de ellos fue publicado en 1835 y el segundo en 1840. Quienes afirman que no, refieren a que el primero es más optimista en el futuro de la democracia, a diferencia del segundo; el primero está más recostado sobre la experiencia norteamericana, mientras que el segundo es más teórico (e incluye la experiencia francesa); y en el primero hay una mayor presencia de los temores que despertaba la democracia y las amenazas a la misma, mientras que en el segundo hay menos, por mencionar algunos argumentos.

nacido democrática (pasando por alto la revolución de 1776). Por el contrario, Francia era una democracia atravesada por la revolución e Inglaterra continuaba siendo una sociedad aristocrática. Precisamente Furet (1984) analiza el juego de comparaciones entre Francia, América e Inglaterra. Inglaterra se presentaba como una sociedad aristocrática en donde prevalecían las desigualdades, pero que no estuvo atravesada por la revolución (la Gloriosa no era considerada tal); Francia era una sociedad democrática atravesada por la revolución; Estados Unidos era una sociedad democrática, pero que nació siéndolo. Aquella afirmación de Tocqueville, que Estados Unidos no había vivido una revolución, pasaba por alto las guerras por la independencia, y resulta de lo más sugerente. ¿Qué dice aquella negación, aquella búsqueda por silenciar la revolución? O es que quizá sea necesario ahondar en qué era lo que Tocqueville entendía por revolución y en aquel sentido cobra otro cariz aquella valoración de la carencia de una revolución en Norteamérica. Claramente el modelo revolucionario que Tocqueville tenía en mente era el francés, donde quizá apreciaba una mayor cantidad de rupturas que en el caso de Estados Unidos (desde una perspectiva política y social particularmente). Aquellas cuestiones exceden los límites del presente trabajo; a pesar de ello, resulta de interés tenerlas presentes por el rol fundamental que tiene el uso y abuso de la memoria -parafraseando al historiador Moses Finley-. De allí la elección de Estados Unidos, para que el público francés y en particular los que dirigían el porvenir de Francia, como señala Wilhelm Hennis (1981: 12), pudiera apreciar una verdadera democracia que no estuviera teñida de revolución. Así, tal como Marinus Richard Ringo Osserwaade (2004: 132) observa, *La democracia en América* constituyó para Tocqueville una puerta de entrada a la política francesa, dado que le permitió debatir sobre los posibles impactos de la democracia, y las plausibles formas que la misma podía llegar a adoptar en Francia.

La perspectiva histórica adoptada por Tocqueville estuvo signada por la lectura de *Historia de la Civilización de Europa*, obra de François Guizot. Edward Gargan (1962: 52) señala que, a partir de la misma, Tocqueville focalizó su atención en el problema de la civilización, y particularmente si la misma progresaba. Tocqueville escribió cartas a su amigo Charles Stöffels para discutir la cuestión del crecimiento de la civilización en relación a las cualidades de su siglo (Tocqueville, 2010: 1368-1372). En las mismas, Tocqueville se lamentaba que para convertirse en un hombre del Iluminismo se debía adoptar la duda como una actitud metodológica. Más aún, mostraba disconformidad respecto a la tensión que la Ilustración

provocó entre religión y ciencia, porque para él debían confluír en la misma dirección para alcanzar un progreso espiritual y político (Gargan, 1962: 53). De aquí se desprende una idea esencial en lo que refiere al pensamiento histórico de Tocqueville: la centralidad que tiene la verdad. Justamente el historiador tiende a aprehender la realidad, pero esta labor no está exenta de desafíos, como se tratará en el tercer apartado al abordar el análisis de la historiografía en tiempos aristocráticos y democráticos.

Gargan (1962: 52) establece que, en dichas cartas, Tocqueville dejó entrever una idea rectora de su pensamiento: la certeza de que mientras los sistemas políticos, sociales y las civilizaciones avanzaban, el individuo empequeñecía hasta que la sociedad ejercía sobre aquél una custodia semejante a la que la Providencia ejerció sobre el alma. De esta forma, como el mismo Tocqueville expresaba, la sociedad se convertía en “segunda Providencia” (Tocqueville, 2010: 1368-1372). Aquella observación resulta interesante, dado que revela la mirada que Tocqueville tenía respecto a quién era el protagonista de la historia: los colectivos sociales. ¿Cuán libres eran las personas al momento de elegir y actuar? ¿Quedaba, pues, el individuo subsumido en la multitud? Y, en tal caso, ¿qué impacto tenía esto?

En las políticamente acaloradas “Jornadas de Julio” de 1830, Tocqueville tuvo una intuición: el lugar preponderante que las masas adquirirían en las revoluciones del porvenir. Así se demuestra en otra carta que le escribió a Stöffels (Gargan, 1962: 53) en la que hablaba del conflicto de clase que subyacía al estallido revolucionario, e incluso allí se dejaba entrever su deseo de conocer Estados Unidos (viaje que desencadenó luego la redacción de *La democracia en América*). En el próximo apartado se abordará el interés de Tocqueville por la historia, por comprender la marcha de la misma, y por cuestiones nodales que hacían a la configuración de su concepción histórica.

La historia: ¿punto de partida o culminación de la marcha hacia la igualdad?

Aron afirma que es necesario observar *La Democracia en América* y *El Antiguo Régimen y la Revolución* como un díptico. Dos imágenes de la igualdad irrumpiendo, pero con dos preguntas totalmente divergentes que Aron resume: “¿por qué en Estados Unidos la sociedad democrática es liberal?” Y, “¿por qué Francia tiene tanta dificultad, en el curso de una evolución hacia la

democracia, para mantener un régimen político de libertad?” (Aron 1996: 258). Aquella cuestión resultó central en toda la obra de Tocqueville. Éste entendía a la democracia desde una perspectiva social, y para él, la igualdad era un rasgo distintivo de la misma. En aquella búsqueda por intentar conciliar la igualdad y la libertad es donde se percibe la visión histórica de Tocqueville. Entonces, cabe preguntarse cuál era la concepción de Tocqueville respecto al devenir histórico, cómo se producían los cambios a través del tiempo, cuáles eran aquellas fuerzas que movilizaban al hombre a actuar y producir cambios.

Como ya se mencionó, *La Democracia en América* no es una obra histórica, pero no por ello abandona o hace a un lado la historia. Tal como señala Gargan (1962: 54), la posición de Estados Unidos era única, y en aquel sentido ahistórica. Tocqueville afirmaba que “entre los objetos nuevos que durante mi estadía en Estados Unidos han llamado mi atención, ninguno me ha impactado tanto como la igualdad de condiciones. Descubrí sin esfuerzo la prodigiosa influencia que ejerce este primer hecho sobre la marcha de la sociedad (...)” (Tocqueville, 1945: 3). De esta forma se observa como para el autor de *Souvenirs* el progreso de la sociedad, y por tanto el avance de la historia, estaba intrínsecamente vinculado al advenimiento de la igualdad. Y la igualdad para Tocqueville se asociaba con aquello que era justo, tal como afirma Roldán (2005: 146).

Osserwaade señala que Tocqueville distinguía entre la historia sagrada providencial y la historia secular política. Así afirma que para Tocqueville la historia era un “movimiento guiado por la providencia hacia la democracia” (Osserwaade, 2004: 116). La providencia daba forma a las condiciones para la toma de decisiones; de allí que la transición de la aristocracia a la democracia también estaba íntimamente vinculada con la marcha de la providencia. Osserwaade (2004: 118) sostiene que el rol de la providencia en la transición de la sociedad aristocrática a la democrática era análogo al que tuvo en la transición de la antigüedad pagana a la cristiandad. Esto se comprende en el marco en el que Tocqueville consideraba a la aristocracia y democracia como dos regímenes de vida y formas históricas. De allí que para Tocqueville la democracia era un estado de la civilización donde el principio de igualdad era constantemente reactualizado (Osserwaade, 2004: 119). De esta forma, la democracia acababa por ser el resultado de un proceso histórico dictado por una ley natural y guiado por la naturaleza, tal como lo expresaba Tocqueville,

Los varios acontecimientos de la nación, han tornado en todas partes en favor de la democracia, todos los hombres han ayudado en aquel sentido, tanto aquellos que intencionalmente han trabajado por su causa, como aquellos que sin saberlo sirvieron a su causa; tanto aquellos que lucharon por aquella e incluso aquellos que se declararon opositores de la misma, fueron conducidos en la misma dirección, y pavimentaron el camino hacia un mismo fin; algunos sin saberlo, otros a pesar de su voluntad, pero todos fueron instrumentos ciegos de la voluntad de Dios. El desarrollo gradual del principio de la igualdad, es por tanto, un hecho providencial (Tocqueville, 1945: 6).

Más aún, Tocqueville afirmaba que la providencia otorgó una luz que los antepasados no poseían que permite identificar las causas fundamentales de la historia (Tocqueville, 1945: 27). Nuevamente se pone en evidencia la mirada providencialista de la historia, y cómo es posible decodificar los patrones que la historia escondía. La clave para descifrar dichos patrones y los cambios que sucedían en el mundo, según Tocqueville, era la igualdad. Más aún, Osserwaade (2004: 121-123) recalca que, si bien la providencia tenía un rol preponderante en el pensamiento de Tocqueville, y gobernaba los acontecimientos, eran las acciones humanas las que los concretaban. De allí que los individuos no eran meros títeres, ni instrumentos, y por tanto la secuencia de eventos no podía únicamente ser explicada por la acción de la providencia. Por ello, era menester recurrir al contexto de las sociedades humanas para terminar de comprender cómo se fueron desplegando los acontecimientos.

Sin embargo, la presencia de la igualdad, como señal del progreso de la sociedad, era problemática. Por un lado, la igualdad podía ser vista como punto de partida de un proceso histórico; por otro, como resultado del mismo. Para Tocqueville, el primer caso respondía al modelo norteamericano, el cual atrajo de inmediato su mirada; el segundo caso correspondía al escenario europeo. Empero, resulta interesante destacar que aquél punto de partida no estaba exento de historicidad. De esta manera, al considerar la presencia de la igualdad como punto de partida de un proceso histórico cabe profundizar en dos aspectos: uno desde una perspectiva metodológica, el otro desde una mirada argumentativa.

Primeramente, para reafirmar la unicidad del caso norteamericano era menester recurrir a la historia, pues sin la misma se carecía de fundamento para apreciar la originalidad de aquella situación. Así, a lo largo de *La Democracia en América* se suceden diversas referencias históricas. Aquellas alusiones permiten apreciar una faceta del Tocqueville historiador, particularmente en la sección en la que trató sobre el origen de Estados Unidos, cuando era colonia británica. En su primer capítulo Tocqueville ya señalaba que la historia carecía de capacidad para explicar aquel nuevo fenómeno que presentaba Norteamérica, al afirmar que “en aquella tierra el gran experimento del intento de construir una sociedad sobre nuevas bases debía ser realizado por un hombre civilizado; y fue ahí, por primera vez, que las teorías hasta entonces desconocidas, o pensadas impracticables, iban a exhibir un espectáculo para el cual el mundo no había sido preparado por la historia del pasado” (Tocqueville, 1945: 25). Aquellos límites de la tradición histórica para comprender la nueva sociedad hicieron que Tocqueville buscara un nuevo método de análisis, lo cual demostraba su pericia como historiador que no intentaba llenar moldes con experiencias previas para explicar todo. En consecuencia, tal como Gargan (1962: 65) afirma, Tocqueville creía en la primacía histórica de Estado Unidos, y en consecuencia evitaba construir falsos paralelos entre la historia democrática norteamericana y europea (Gargan, 1962: 57). Se entiende por primacía histórica norteamericana al hecho que allí la igualdad era una realidad, mientras que en las sociedades europeas era hacia donde la modernidad apuntaba. No obstante, abundan en la obra de Tocqueville las referencias históricas, e incluso Gargan (1962: 56) sostiene que en *La Democracia en América* se trazaba una historia de la aristocracia europea. Nuevamente queda puesto en relieve la paradoja de que la historia no servía para explicar la unicidad del presente y del caso norteamericano, pero sí ponía en evidencia que era un caso único. Según Gargan (1962: 58), para Tocqueville América se encontraba en un estado de inocencia original, que no sufrió la caída provocada por la revolución, y de allí que el primer puritano en América era concebido como libre de todos los pecados originales de Europa. De esta forma se observa que, a través del recurso de la sinécdoque, el colectivo social se erigía como protagonista, identificándose con todo un continente.

En segundo lugar, la historia se halla presente en *La democracia en América*, porque tal como el mismo Tocqueville analizaba al interpretar las causas de la igualdad, era necesario remitirse a los factores geográficos e históricos, y aquí era donde los puritanos cobraban un protagonismo

particular. Sheldon Wolin (2001: 528-532) afirma que el análisis de Tocqueville armonizaba diversas perspectivas, algunas históricas otras más míticas, para apreciar la realidad y aquellas se combinaban para elaborar su propia teoría. De esta forma, Wolin sostiene que en *La democracia en América* Tocqueville profetizaba sobre el futuro europeo al contemplar el Nuevo Mundo, lo cual implicaba apreciar al antiguo régimen como un sistema arcaico antecesor de la modernidad, y a su vez involucraba considerar a la monarquía y al sistema estamental como predecesor de la democracia. Por tanto, se aprecia una mirada un tanto dialéctica en Tocqueville, donde pasado y presente constituían opuestos, tal como afirma Kvaternik (2010: 141). Tocqueville empleaba la historia como un argumento de autoridad, que utilizaba para fundamentar sus observaciones. Así, por ejemplo, afirmaba que “no creo que se pueda citar a un solo pueblo industrial y comercial, desde los tirios hasta los florentinos y los ingleses, que no haya sido un pueblo libre. Hay pues un estrecho lazo y una relación necesaria entre esas dos cosas: libertad e industria” (Tocqueville, 2017: 191). De esta forma, Tocqueville refiere a los orígenes de los norteamericanos para trazar los lazos entre libertad y desarrollo de la industria y comercio.

De esta forma se aprecia cómo la igualdad se constituyó en “motor de la historia”, ya que permitió el avance de la sociedad. En Europa, por el contrario, la igualdad adquirió otras características, tal como Roldán afirma “tanto en su versión natural como en su ejemplo histórico, la sociedad moderna se devela a partir del mismo hecho igualitario, aunque, como se sabe, las consecuencias que de ello extraerá Tocqueville divergen según el modelo de realización de la igualdad” (Roldán, 2005: 145). El argumento de Tocqueville resulta un tanto tautológico: los norteamericanos tenían como punto de partida la igualdad, pero eran la culminación inacabada de la versión europea que, en nuevos escenarios, a quienes se les presentaban nuevas oportunidades para desplegar su ideario libre de condicionamientos. De allí que Tocqueville identificara una diferencia cuasi ontológica entre el hombre norteamericano y el europeo: el norteamericano era “naturalmente democrático”, mientras que el europeo era “devenido históricamente en democrático” (Roldán, 2005: 176), en términos de Roldán. Pierre Manent (1990: 278-279) sostiene que la clave para entender la exégesis de Tocqueville sobre la historia europea yace en la contraposición entre igualdad y desigualdad de condiciones, o en otros términos, entre aristocracia y democracia. De esta forma, la igualdad de condiciones constituía un catalizador de cambios. Sin embargo, Manent (1990: 287-288)

señala que hacia el final del primer tomo de *La democracia en América* la idea de soberanía del pueblo adoptaba una función generadora.

Entonces, si la sociedad marchaba hacia la igualdad, y ésta se manifestaba en la sociedad democrática, la historia, para Tocqueville, tenía que asistir a un funeral: la aristocracia tenía fecha de caducidad. Cabe preguntarse pues, quién o quiénes eran los protagonistas de la historia para Tocqueville -cuestión que se abordará en el siguiente apartado-, y si para Tocqueville existía una naturaleza humana.

Sara Henary (2014: 470) se pregunta si acaso había algo como una naturaleza humana para Tocqueville. Aquella pregunta resulta de interés porque Henary explica el relativismo respecto a la naturaleza humana, como resultado del pensamiento histórico de Tocqueville. En *La democracia en América*, por un lado, la historia se presentaba como decisiva para delimitar parámetros del pensamiento y la naturaleza humana, tanto era así que al mundo aristocrático le sucedería el democrático, lo cual afectaba a la naturaleza humana. Esto planteaba una gran escisión entre pasado y presente, que ponía en entredicho la existencia de una naturaleza humana común a ambas eras. Otros historiadores enfatizan la continuidad entre la era aristocrática y democrática, y por tanto hay una mayor linealidad en el pensamiento histórico expuesto por Tocqueville (Henary, 2014: 472). Los tiempos aristocráticos asumían que el hombre era naturalmente desigual, mientras que los democráticos consideraban que era igual. Henary (2014: 473) señala que Tocqueville a través de su análisis histórico destacaba que la falencia de la era aristocrática era que no apreciaba la igualdad de los hombres, mientras que la falencia de los tiempos aristocráticos era que no apreciaba la natural desigualdad entre los mismos. Así afirma que para Tocqueville la igualdad y desigualdad eran principios naturales, y que la naturaleza nada decía sobre la reconciliación de los mismos. Henary (2014: 477-478) explica la diversidad de miradas históricas de Tocqueville por el deseo de aquél de cumplimentar dos objetivos que se hallaban en tensión: por un lado, reconciliar a los individuos (particularmente a los aristócratas franceses) con su realidad histórica; por otro, defender el rol del individuo y de los grupos en el devenir de los acontecimientos, en contraposición a las miradas más deterministas. La igualdad estaba aquí para quedarse, pero el resultado de dicha revolución estaba aún por escribirse. Henary (2014: 493) sostiene que como para Tocqueville la naturaleza no se pronunciaba a favor del principio democrático, era menester recurrir a la

historia y a la política para descubrir cuál era la mejor forma de conciliar los principios de igualdad y desigualdad.

Roger Boesche (1983: 90) rescata la importancia que le otorgaba Tocqueville a ver e interpretar los hechos a la luz de la época, y además añade que el historiador debe brindar un sentido más amplio a los acontecimientos mediante una contextualización de los mismos; a través de un análisis ahistórico de la historia que estaba en movimiento. De esta forma, después de reconstruir el sentido, y encontrarse inmerso en la cultura, se pueden elaborar patrones y predicciones. Las predicciones de Tocqueville eran tan acertadas porque lograba descifrar cuáles eran las necesidades que iban a generar nuevas tendencias que repercutían en la sociedad. Boesche (1983: 97) sintetiza que Tocqueville describió el cambio histórico como despacio pero irrefrenable, empujado por nuevas necesidades y tendencias, que gradualmente alteraban la estructura de los componentes sociales.

Según Zetterbaum (1964: 612), la falta de definición de Tocqueville respecto a qué sistema era mejor si la democracia o la aristocracia era un acto de deferencia hacia la historia, y una vez que la historia pronuncia su veredicto se puede motivar una u otra alternativa compatible con la condición social victoriosa. Por su parte, Osserwaade (2004: 123) afirma que para Tocqueville era el gobierno el que hacía historia, dado que en última instancia los sistemas de gobierno daban forma a la mente de sus ciudadanos, y las acciones humanas eran forjadas por la constitución de la sociedad. Así lo explicitaba Tocqueville en un discurso ante el parlamento el 27 de enero de 1848, en el que sostenía que el espíritu de gobierno venía antes de cualquier evento político y era el que ponía en movimiento al mundo. Si bien el discurso fue posterior a la redacción de *La democracia en América*, resulta de interés para comprender una de las categorías de análisis empleadas por Tocqueville, y que ya se pueden hallar en dicha obra.

Jack Lively (Zetterbaum, 1964: 612-613) sostiene que para Tocqueville la democracia no era producto de un devenir histórico inexorable. Por el contrario, Albert Salomon (Zetterbaum, 1964: 612-613) afirma que para Tocqueville el hombre era el agente responsable de realizar la voluntad de Dios tal como lo revela la historia, lo cual le otorga un carácter más sacro a la apelación a la providencia. Aquella aproximación se diferencia de la lectura propuesta por Gargan (1963: 332-345), para quien el empleo de la providencia por parte de Tocqueville

resultaba un tanto profano; e incluso cuando se apelaba a aquel recurso, el futuro se mantenía incierto, por tanto no condicionado ni ya escrito. Por su parte, Zetterbaum (1964: 613) sostiene que la concepción histórica de Tocqueville estaba íntimamente relacionada con la neutralidad que afirmaba en la cuestión aristocracia-democracia. Así, en la concepción histórica de Tocqueville, contenido y función se hallaban inseparablemente unidas. Zetterbaum incluso se aventura a describir a la concepción de la historia de Tocqueville como cíclica en lugar de lineal (Zetterbaum, 1964: 614).

Para evaluar hasta qué punto la mirada de Tocqueville sobre la historia era providencialista, resulta fundamental analizar cómo concebía a la causalidad. Osserwaade (2004:123) explica la importancia de desentrañar las relaciones de causalidad como una vía para explicar cómo sucedieron las cosas. Para Tocqueville ciertas circunstancias tendían a repetirse, de allí que las secuencias de causalidad ayudaban a predecir el futuro. Tocqueville otorgaba un rol preponderante a las causas morales en el desenvolvimiento de los acontecimientos, en detrimento de otro tipo de causas, como las físicas, a las que los filósofos de la Ilustración le otorgaban un mayor protagonismo. Osserwaade (2004:127) señala como para Tocqueville los eventos estaban determinados por causas generales, impulsados por la necesidad, y causas secundarias, motivadas por la casualidad. Tocqueville afirmaba que la casualidad nunca determinó el curso de la historia; no obstante, la historia tenía ciertas tendencias, que ayudaban a comprender el pasaje de la aristocracia a la democracia. Para entender el devenir histórico era necesario atender a la causalidad, pero también considerar la casualidad. Tocqueville consideraba que la investigación archivística no alcanzaba para comprender la verdad histórica, y por tanto siempre quedaba un espacio donde se difuminaba la misma. Esta cuestión se retomará en el siguiente apartado, al apreciar la lectura que realizaba Tocqueville sobre la causalidad en la historiografía de la era aristocrática y democrática.

En *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Tocqueville expresaba que “las clases, que son las únicas que interesan a la historia” (Tocqueville 1996: 204), lo cual era indicativo de la preeminencia del colectivo por sobre el individuo. Resulta de lo más interesante dicha expresión, dado que parece evocar los planteos historiográficos de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, vale aclarar que para Tocqueville el concepto de clases resultaba un tanto impreciso, dado que como señala Kvaternik, indicaba a la par actores y acepciones diferentes,

al referir a una elite o grupo gobernante definido por la unión, organización y flexibilidad de sus integrantes (Kvaternik, 2010:138). Estas ideas ya estaban presentes en *La democracia en América*. De allí que cabe analizar cómo era para Tocqueville la historia en los tiempos aristocráticos y democráticos, lo cual implica apreciar el análisis que realiza el propio Tocqueville sobre la historiografía.

La historiografía en tiempos aristocráticos y democráticos

La historia trata de la *rerum gestarum*, de los hechos, pero es necesario tener en cuenta también cómo aquellos acontecimientos se produjeron y fueron y son leídos e interpretados a la luz del presente y de la cosmovisión de cada autor. De allí que cada época brinda una lectura renovada sobre un mismo acontecimiento, e incluso en una misma época conviven distintas lecturas. La historiografía incluye precisamente esto: el estudio de cómo ha sido leída e interpretada la historia. En *La democracia en América* Tocqueville analizó las tendencias historiográficas de las dos eras de las que trataba a lo largo de toda su obra, la era aristocrática y la democrática. Para ello apeló a un modo argumentativo por el cual presenta diversas explicaciones de las que extrajo conclusiones, de forma encadenada con el fin de persuadir al lector en favor de su interpretación. Así, a lo largo del capítulo Tocqueville formuló redes causales para reforzar la consistencia argumentativa de su tesis.

Una primera observación que realizó Tocqueville es que en los tiempos aristocráticos se enfatizaba el rol del individuo, al contemplar a “un pequeño número de actores principales que dirigen toda la trama” (Tocqueville, 2017:121). Por medio de la metáfora teatral, donde el mundo se presentaba como un gran escenario, las personas eran descritas como aquellos actores que ejecutaban la obra. De esta forma, se destacaba el rol de los “grandes hombres”, lo cual era característico del historicismo clásico. El historicismo clásico fue un momento de la historiografía que se inició hacia 1790 y se extendió hasta 1920. Si bien el período señalado no coincide con el momento aristocrático que Tocqueville vincula con la historia realizada por grandes hombres, cabe realizar un breve *excursus* sobre el historicismo clásico, para establecer vínculos con la propuesta de Tocqueville.

El contexto de producción del historicismo clásico fue el auge del capitalismo y liberalismo europeo, y la denominada por Eric Hobsbawm (1997) doble revolución: la revolución francesa e industrial. Dicha corriente historiográfica se caracterizaba por la primacía de lo político y estudiaba la vida de los “grandes hombres” y acuerdos diplomáticos, dado que de aquella forma también justificaban la aparición del estado. Un referente importante de Alemania fue Leopold Von Ranke, autor de *Historia de los Pueblos Romanos y Germánicos (1494-1514)* (publicada en 1824), y quien introdujo el método crítico histórico que otorgaba una gran primacía a los documentos y fuentes primarias. Entre los representantes británicos del historicismo clásico cabe destacar a Thomas Carlyle autor de *Sobre los héroes. El culto al héroe y lo heroico en la historia* (1840), quien explícitamente concebía que “la historia del mundo es la biografía de los grandes hombres” (Carlyle, 2004). También Thomas Macaulay tenía una concepción semejante respecto al protagonismo de los grandes hombres, tal como se plasmó en el ensayo titulado *Lord Bacon* (1837). Aquella tradición británica de tendencia *whig* alimentó la idea de que las sociedades humanas se encaminaban hacia el progreso en dos sentidos: hacia las libertades políticas y hacia la libertad práctica.

Resulta interesante señalar el caso francés, dado que allí se presentó un escenario historiográfico un tanto diferente. Un representante del historicismo clásico en Francia fue Jules Michelet, quien consideró al pueblo como un agente histórico antagonista de los poderosos. Un ejemplo de aquella mirada se aprecia en su obra *Historias del satanismo y la brujería* (1862) que, si bien era posterior a *La democracia en América*, es ilustrativa para apreciar el clima de época en el que se hallaba Tocqueville. Así, se observan dos formas historiográficas liberales diferentes: una inglesa, moderada, que otorgaba protagonismo a los sectores propietarios victoriosos de la guerra civil; otra francesa, populista y poseedora de un carácter más radical. Entonces, ¿cómo entender aquella divergencia? En términos de Tocqueville, Inglaterra aún era una sociedad aristocrática mientras que Francia, tras la revolución, había dejado de serlo. De esta manera se identificaban rasgos propios de la historiografía de la era democrática en la obra de algunos autores franceses pertenecientes al historicismo.

Precisamente en la era democrática, Tocqueville identificaba que eran los colectivos humanos los protagonistas, héroes anónimos, preconizando de aquella forma lo que fue la llamada

“historia social”, que se extendió entre los años 1920 a 1970. Si bien se encontraban ciertos rasgos en el historicismo francés, aquella corriente concentró numerosos atributos de la historiografía descrita por Tocqueville como de la era democrática. El fin de la Primera Guerra Mundial signó aquel nuevo tipo de historia caracterizada por la presencia de las masas como protagonistas y en la cual los grandes procesos eran narrados desde la sociedad en su conjunto. La historia social incluyó a la Escuela de *Annales*, a los marxistas británicos, y a historiadores como Norbert Elías. La Escuela de *Annales*, por ejemplo, afirmaba que el rol del individuo se entendía en el contexto social donde se producía un cambio, y de aquella forma el “gran hombre” se convertía en emergente de una sociedad más compleja. Un referente de aquel tipo de historiografía fue Marc Bloch (Dosse, 2004: 55-65).

Por tanto, mientras que en Inglaterra prevalecía una interpretación de la historia en clave aristocrática, simultáneamente en Francia se forjaba una lectura en clave democrática. De esta forma se aprecia cómo Tocqueville intentaba depurar, incluso en lo referente a la historiografía, las claves para interpretar qué era lo propiamente democrático y cómo conciliarlo con la existencia de la libertad.

Para describir el devenir de los acontecimientos Tocqueville empleó la ya mencionada metáfora teatral, tan recurrente en la literatura. Aquella metáfora trazaba una analogía entre lo que era una obra de teatro y la vida, pues, en una obra de teatro cada personaje tiene un rol, existe un escenario concreto en el que se desenvuelve, y hay un libreto escrito con antelación. ¿Acaso aquello era indicativo de cierta idea en Tocqueville, que lo llevaba a pensar que todo estaba establecido desde un comienzo? ¿Acaso el empleo de dicha metáfora se corresponde con una mirada providencialista?

Aquella pregunta remite a un dilema esencial, si acaso era el hombre un ser libre o estaba determinado por el hado, o en qué medida ejercía la persona su libertad y en qué medida estaba condicionado por el medio. Así, en cuanto a la relación del hombre y destino, para Tocqueville (Tocqueville, 2017: 125) en los tiempos aristocráticos los actores para apropiarse de su porvenir y gobernar a los demás debían aprender a dominarse a sí mismos, auto controlarse, tener señorío sobre sí mismos. Por el contrario, los historiadores de los tiempos democráticos planteaban la incapacidad de la persona de ejercer tal señorío. De allí que para Tocqueville los

historiadores de la era aristocrática enseñaban a mandar, mientras que los de la era democrática enseñaban a obedecer. Esto se vincula con lo dicho anteriormente, dado que en los historiadores de los tiempos democráticos tendían a disminuir el rol del individuo, y a indicar la existencia de una marcha irreversible de los hechos en un sentido determinado.

De las diferencias percibidas por Tocqueville en relación al protagonismo de los hechos históricos devienen diferencias en la forma de interpretar las relaciones de causalidad. La búsqueda por brindar un ordenamiento explicativo, que jerarquice las causas de un acontecimiento para de aquella forma tornarlo inteligible, es propia de la labor del historiador. Para Tocqueville, los historiadores de los tiempos aristocráticos hacían que ciertos acontecimientos dependieran de las voluntades particulares, y solían adjudicar a hechos mínimos las causas de una revolución. En cambio, los historiadores de los siglos democráticos consideraban que mínimos hechos particulares eran causados por causas generales. Aquella divergencia se comprende en primer término por el énfasis colocado en cada uno de los tipos historiográficos en los protagonistas. La búsqueda de causas generales por parte de los historiadores de los tiempos democráticos estaba relacionada con el deseo de otorgarle a la historia un rango científico, en el que se presentaban leyes que ofrecían fundamentos a hechos regulares y estables.

Más aún, Tocqueville indicaba que, en los tiempos democráticos, cuando primaba la igualdad, era más difícil identificar el rol que tenían ciertas personas en acelerar o retardar los acontecimientos, dado que aquellos hombres se hallaban perdidos en la multitud. Tocqueville señalaba que tal era la dificultad de identificar aquel rol del individuo, que el historiador se “pierde en ese laberinto” y se “cansa” (Tocqueville, 2017:122). Aquella descripción escondía una crítica. Nuevamente Tocqueville apeló al empleo de una metáfora, esta vez para ilustrar el rol del historiador. El historiador era, en aquel sentido, quien debía recorrer el “laberinto” de los hechos históricos, para brindarle a aquel caos, en apariencia azaroso, cierta inteligibilidad. Resulta interesante rescatar el empleo de la imagen del laberinto para describir la intrincada tarea por la cual el historiador en tiempos democráticos debe desentrañar las causas de un acontecimiento. Tocqueville calificaba con cierta connotación negativa los hábitos intelectuales de los historiadores de los tiempos democráticos, al referir que carecían de tenacidad intelectual para surcar los pasillos de aquél laberinto. Más aún, el rol del historiador

era “levantar las almas, no abatirlas” (Tocqueville, 2017:125). El historiador tenía una función social, debía reivindicar el rol de la libertad individual, interpretarla en la trama de condicionamientos existentes, para así desentrañar las relaciones de causalidad.

En cuanto a la audiencia, Tocqueville identificaba que en tiempos democráticos el receptor también era más proclive a verse más complacido con causas más generales, dado que aquello requería de un menor esfuerzo interpretativo, a su modo de ver. De esta forma, adoptaba un tono más bien paternalista. Tocqueville recurrió a voces secundarias como fuente de autoridad, a través del empleo de la polifonía. Así, Tocqueville retomó una idea expresada por La Fayette en sus *Memorias*, que afirmaba que “el sistema exagerado de las causas generales deparaba maravillosos consuelos a los políticos mediocres”, a lo que Tocqueville añadía “que produce el mismo efecto en los historiadores mediocres” (Tocqueville, 2017: 122)⁴. Por ende, las lecturas historiográficas que simplificaban el esquema causal tendían a ser vagas y generales, y carecían de profundidad.

Tocqueville afirmaba que era necesario considerar tanto el rol del individuo como a los motivos generales para comprender de forma cabal un acontecimiento. Sin embargo, aclaraba que aquellas causas se modificaban en proporción respecto a su impacto en tiempos democráticos y aristocráticos. Así, era cierto que en la era aristocrática los individuos tenían un rol más preponderante en los acontecimientos, pero esto no quería decir que no lo tuvieran los grandes hechos. Por tanto, un buen historiador también debía considerar las causas generales. De la misma forma, en la era democrática, las causas generales cobraban mayor preponderancia en la precipitación de un acontecimiento, sin embargo, aquello no implicaba que los individuos no tuvieran un rol fundamental. De allí que un buen historiador, según Tocqueville, debía esforzarse por hacer inteligible el rol de los individuos en la producción de los hechos históricos en tiempos democráticos.

Para Tocqueville el historiador de los tiempos democráticos contaba con la ventaja que podía vincular los hechos mejor, y con un orden más metódico, debido a que podía observar mejor

⁴ Resulta interesante confrontar esto con los comentarios de Tocqueville sobre la revolución de 1848 expresados en *Souvenirs*, donde observaba que los líderes revolucionarios “extraían la falsa consecuencia de que los obreros de París eran el pueblo francés” (Tocqueville, 2003: 843).

los actos y otorgar menor importancia a los actores. Sin embargo, también enfrentaban algunas tentaciones que podían conducir a interpretaciones erróneas. Un primer error consistía en la negación del rol de ciertos actores que podían influir sobre el porvenir del pueblo. Otro error era que “quitan a los pueblos mismos la facultad de modificar su propia suerte y los someten, ya a una providencia inflexible, ya a una especie de ciega fatalidad” (Tocqueville, 2017: 124). De esta forma se hallaba en Tocqueville una crítica a las lecturas teleológicas, a las que “les basta con indicar cómo han ocurrido los hechos, quieren además demostrar que no podían ocurrir de otro modo” (Tocqueville, 2017: 125). Aquel lamento de Tocqueville hacia dichas interpretaciones quedaba de manifiesto en el empleo de modelizaciones axiológicas, al hablar por ejemplo de “doctrinas peligrosas” (Tocqueville, 2017: 125). Aquel tipo de argumentación manifestaba un grado de validez en una línea entre el polo de lo bueno y el de lo malo, tendiente a categorizar peyorativamente dichas interpretaciones de los historiadores de los tiempos democráticos.

Resulta interesante señalar la observación de Tocqueville que en la era democrática “el autor suele parecer grande, la humanidad siempre pequeña” (Tocqueville, 2017: 125). El recurso a la antítesis, presenta un contraste entre dos expresiones lingüísticas y, de una manera más general, entre dos ideas. El historiador al ser el hacedor de la explicación histórica parecía tener un rol activo preponderante, y se reducía el protagonismo de los actores. Así, a través del empleo de una contraposición, es posible trazar una analogía entre Tocqueville y la filosofía hegeliana, que afirmaba que

El espíritu particular de un pueblo puede declinar o desaparecer, pero constituye una etapa en la marcha general del Espíritu del Mundo, y éste no puede desaparecer. El espíritu de un pueblo es, por lo tanto, el Espíritu universal en una figura particular subordinada a él pero que éste debe adoptar en cuanto existente, pues con la existencia aparece igualmente la particularidad (Hegel, 1972: 82).

De esta forma, el historiador en la era democrática se asemejaba a Hegel quien tenía la posibilidad de interpretar al Espíritu Absoluto. Sin embargo, cabe señalar que Tocqueville no deseaba construir un sistema explicativo donde los acontecimientos dependían de causas generales encadenadas. De hecho, lejos estaba el método *tocquevilliano* de recurrir a aquel

procedimiento. Más aún, Tocqueville tildaba a dicho tipo de lectura como “doctrina fatalista” (Tocqueville, 2017: 125) y alertaba sobre la influencia perniciosa que podía ejercer sobre el espíritu público, dado que conduciría a una inmovilización del movimiento de las sociedades. Aquella doctrina resultaba una amenaza a la existencia del libre albedrío. Así, Tocqueville observaba con preocupación cómo ya sus contemporáneos, que no necesariamente se encuadraban dentro de la era democrática, “se sienten excesivamente inclinados a dudar del libre albedrío, pues perciben los límites que por todos lados les impone su flaqueza y en cambio reconocen fácilmente fuerza e independencia a los hombres reunidos en cuerpo social” (Tocqueville, 2017: 125). Esto conduce a reflexionar sobre la importancia de la libertad, y retoma lo ya planteado respecto a la causalidad.

Al clasificar a Tocqueville como historiador, es posible ubicarlo entre los historiadores del tiempo presente, tal como afirma Beatriz Figallo y García de Ceretto (2003). Tocqueville traía al centro del debate acontecimientos coetáneos, que por tanto estaban insertos en una dimensión temporal íntimamente vinculada con el pasado inmediato y el futuro sobre el que buscaba actuar y entender. La actualidad de la realidad que Tocqueville buscaba conocer se combinaba con el carácter inconcluso de dicha realidad. Esto resulta válido tanto para su intento de entender al fenómeno democrático norteamericano (como espejo para comprender la realidad francesa, o lo que se puede esperar de la misma) como para su análisis sobre la historiografía en los tiempos aristocráticos y democráticos. Tocqueville se hallaba en un umbral. Entonces, ¿cuál era el sentido de la historia para Tocqueville? Tocqueville tenía una mirada pesimista sobre el futuro, e incluso señalaba que el siglo XIX era de degeneración, y no de progreso. Así, por ejemplo, advertía que “no debemos tranquilizarnos, pues, pensando que los bárbaros están aún lejos de nosotros, pues si hay pueblos que se dejan arrancar la luz de las manos, también hay otros que la sofocan ellos mismos con los pies” (Tocqueville, 2017: 73)⁵. Sin duda los acontecimientos en torno a la Revolución Francesa, el desenlace de la misma, y las posteriores revoluciones liberales de 1820 y 1830 ayudan a comprender la actitud cautelosa de Tocqueville frente a la confianza en el progreso de la sociedad.

⁵ Cfr. Osserwaade (2004: 144) analiza la mirada pesimista.

Reflexiones finales

La democracia en América abre la puerta a numerosos interrogantes. En la encrucijada de lecturas políticas, sociológicas, filosóficas e históricas, Tocqueville buscaba responder a enigmas de la hora, a la luz de los acontecimientos coetáneos y la evolución de los mismos, con el fin de prever también el futuro que le podía deparar a Francia. De allí que la comprensión de la perspectiva histórica de Tocqueville y su interpretación sobre la historiografía resulte esencial para entender su obra.

El presente trabajo buscó abordar *La democracia en América* desde un diálogo entre la concepción histórica e historiográfica. Se consideró las diversas formas a las que Tocqueville apeló explícitamente a la historia, como un argumento de autoridad y como instrumento para la comparación. También, se presentaron las tendencias intelectuales que generaron que Tocqueville desarrollara un modo particular de concebir la historia, de pensar el presente y de proyectar el futuro, en función de la lectura que realizaba del pasado inmediato y presente que buscaba desentrañar. Un análisis historiográfico implica deshilar la lectura del pasado para develar cuál era la lectura del presente que escondía. En *La democracia en América* se presenta un desafío: dado que la misma no es una obra propiamente histórica, como ya se mencionó, el operativo para develar la construcción del discurso histórico implicó apreciar la lectura que Tocqueville realizaba del presente, para desde allí descifrar la clave *tocquevilliana* de lectura del pasado.

Por ello se desentrañó la importancia de la igualdad como elemento catalizador de los acontecimientos históricos. A su vez, se refirió a la mirada de Tocqueville sobre la naturaleza humana, y la centralidad que le otorgaba a la libertad. Así, si bien en algunos pasajes de su obra se observa la presencia de cierta inexorabilidad del futuro igualitario e incluso una mirada providencialista del devenir histórico, Tocqueville no olvidaba que los protagonistas de aquellos acontecimientos eran actores que concurrían libremente. De allí que en algunos fragmentos se aprecie cierta centralidad de la providencia y pareciera que primaba una mirada teleológica en Tocqueville. Pero, en otros, el mismo autor reivindicaba el rol de la libertad individual, e incluso en virtud de la misma junto con otros factores -como los condicionamientos geográficos e históricos siguiendo el método propiciado por Montesquieu

como ya se mencionó previamente-, se explicaba las diferencias existentes en las sociedades norteamericanas, inglesas y francesas.

Tocqueville se hallaba en una posición privilegiada para observar un mundo que parecía desvanecerse, y otro que estaba en plena pulsión y desarrollo. Su mirada estaba puesta en Estados Unidos, pero también en Inglaterra y Francia. La igualdad se presentaba en el centro de la escena, como fuerza irrefrenable, y empapaba todo, incluso la interpretación historiográfica de Tocqueville. De esta forma, Tocqueville extraía algunas características propias de la historiografía de los tiempos aristocráticos y democráticos. Así, mientras la primera privilegiaba el protagonismo del individuo, la segunda el de los grupos sociales. Si la primera explicaba los acontecimientos a través de causas particulares, la segunda los interpretaba por medio de causas generales. De igual forma, la audiencia en la era aristocrática era más receptiva frente a aquel tipo de explicaciones, y el auditorio de los tiempos democráticos también prefería el tipo de interpretaciones de los historiadores de su era. En ambos momentos el historiador tenía un rol primordial, pues, utilizando las mismas imágenes que el propio Tocqueville empleó, al historiador le correspondía brindar inteligibilidad al laberíntico pasado y levantar las almas para reivindicar el rol de la libertad humana. Empero, el historiador de los tiempos democráticos carecía -en términos generales para Tocqueville- de la tenacidad para llevar adelante aquella labor. Entonces, era en aquel caso preciso que aquellos historiadores evitaran caer en algunos de los errores señalados por Tocqueville; como por ejemplo en la realización de explicaciones teleológicas. Aquí, Tocqueville buscaba poner en alerta a los posibles lectores de aquel tipo de historiografía para que no se dejaran confundir.

Aquella consciencia de libertad era la que hacía que Tocqueville al considerar cuál era el sentido de la historia no tuviera una respuesta categórica, como algunos de sus contemporáneos o como los hombres de la Ilustración que consideraban que se avanzaba hacia un futuro mejor. Tocqueville tanto tenía presente la libertad del hombre, que en algunos momentos temía y dejaba traslucir cierta preocupación y mirada pesimista sobre el futuro, en los que las antorchas del progreso podían ser arrebatadas por otros o apagadas incluso por sus mismos protagonistas, como previamente se mencionó. De esta forma, se aprecia hasta qué punto cabe categorizar al propio Tocqueville como un historiador del tiempo presente, que intentaba con objetividad explicar su propia realidad, inmerso en un contexto de un pasado cercano y mirando un presente

que podía quizá ser el futuro cercano de Francia. De todo esto se desprende que, para poder comprender la concepción historiográfica de Tocqueville, resulta vital atender a su concepción histórica.

Bibliografía

AGUILAR E. (2018). Tocqueville y el individualismo en las sociedades democráticas. *Economía y política*, 5 (2), pp.87-108. Recuperado de: www.economiaypolitica.cl. (Consultado el 15 de febrero de 2020).

ARON R. (1996). *Las etapas del pensamiento sociológico*, vol. I. Buenos Aires, Argentina: Fausto.

AURELL, J. (2005). *La escritura de la memoria. De los positivistas a los posmodernos*. Valencia, España: Publicaciones de la Universitat de Valencia.

BLOCH M. (1967). *Introducción a la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

BOESCHE, R. (1983). Why Could Tocqueville Predict so Well? *Political Theory*, 11 (1) pp. 79–103. Recuperado de: www.jstor.org/stable/191010.

CARLYLE T. (2004). *De los héroes. Hombres representativos*. México: Océano. Recuperado de: https://books.google.com.ar/books?id=GsmLDwAAQBAJ&pg=PT8&lpg=PT8&dq=%E2%80%9Ccla+historia+del+mundo+es+la+biograf%C3%ADa+de+los+grandes+hombres%E2%80%9D&source=bl&ots=xFkgeCabA_&sig=ACfU3U0yLH5UJ4XLMZgEfLKLrWvzNUMkVQ&hl=en&sa=X&ved=2ahUKEwj7IOu-YHoAhUVGbkGHQ09Aa0Q6AEwAnoECACQAQ#v=onepage&q=%E2%80%9Ccla%20historia%20del%20mundo%20es%20la%20biograf%C3%ADa%20de%20los%20grandes%20hombres%E2%80%9D&f=false (Consultado el 15 de febrero de 2020).

CRAIUTU, A. (1999). Tocqueville and the political thought of the french doctrinaires (Guizot, Royer-Collard, Rémusat). *History of political thought*, XX (3), pp. 456-493.

- DOSSE F. (2004). *La historia. Conceptos y escrituras*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión SAIC.
- ELSTER, J.(2009). *The first social-scientist*. Inglaterra: Cambridge.
- KVATERNIK E. (2010). Tocqueville: sobre el consenso, la polarización y la radicalización. *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, n° 52, pp. 125-146.
- FIGALLO, B. Y GARCÍA DE CERETTO, J. (2003). Historia y complejidad. La Historia del Tiempo Presente. *Res Gesta*, n° 41, pp. 9-40.
- FURET F. (1984). Naissance d'un paradigme: Tocqueville et le voyage en Amérique. *Annales*, n° 2, pp.225-239.
- FURET F. (1978). Tocqueville et le problème de la Révolution française. *Penser la Révolution française*, París: Gallimard.
- GARGAN E.T. (1963). Tocqueville and the Problem of Historical Prognosis. *The American Historical Review*, 68 (2), pp. 332-345.
- GARGAN E.T. (1962). The Formation of Tocqueville's Historical Thought. *The Review of Politics*, 24 (1), pp.48-61.
- GREEN N.L.(2008). Tocqueville, Comparative History, and Immigration in Two Democracies. *French Politics, Culture & Society*, 26 (2), pp. 1-12. Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/42843546>.
- HAIN R. (2019). Tocqueville on Religion, En: GORDON D. (Ed.), *The Anthem Companion to Alexis de Tocqueville*, Londres, Inglaterra: Anthem Press. Recuperado de: <https://books.google.com.ar/books?id=ObWrDwAAQBAJ&pg=PT28&lpg=PT28&dq=Tocqueville+y+la+crisis+de+Metz&source=bl&ots=SvLJ->

gr9R0&sig=ACfU3U2gkS1AFiy0soMDi_DuR3to7tusYg&hl=es&sa=X&ved=2ahUKEwj_-qqFxdnnAhWaErkGHSbJBeYQ6AEwCHoECAoQAQ#v=onepage&q=Tocqueville%20y%20la%20crisis%20de%20Metz&f=false (Consultado el 4 de febrero de 2020).

HEGEL G.W.F. (1972). *La Razón en la historia*. Madrid, España: Seminarios y Ediciones..

HENARY S. (2014). Tocqueville and the Challenge of Historicism. *The Review of Politics*, 76 (3), pp. 469-494.

HENNIS, W. (1981). La nueva Ciencia Política de Tocqueville. *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), n° 22, pp. 7-38.

HOBSBAWM E. (1997). *La era de la revolución 1789-1848*. Madrid: España: Crítica.

LEFORT C. (1981). *La invención democrática*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

MANENT, P. (1990). *Historia del pensamiento liberal*. Buenos Aires, Argentina: Emecé.

MÉLONIO, F. (2007). Tocqueville and the French. En: *The Cambridge Companion to Tocqueville* (pp. 337-358), Londres, Inglaterra: Cambridge University Press.

NOLLA, E. (2007). *Alexis de Tocqueville. Libertad, igualdad, despotismo*. Madrid, España: FAES.

OSSERWADE M.R.R. (2004). *Tocqueville's Moral and Political Thought*. Londres, Inglaterra: Routledge.

POLLITZER M. (2013). El pensamiento nunca es enemigo del pensamiento. El alegato en favor de la libertad de pensamiento y discusión en John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville. *Analecta política*, 3 (4), pp. 15-31.

ROLDÁN D. (2005). Tocqueville y la tradición liberal. En: EDUARDO NOLLA (ed.), *Alexis de Tocqueville. Libertad, igualdad, despotismo* (pp.125-178). Madrid, España: Fundación Faes..

- TOCQUEVILLE DE A. (2017). *La democracia en América*, vol. II. Madrid, España: Alianza.
- TOCQUEVILLE DE A. (2010). *Democracy in America. La démocratie en Amérique*, ed. Eduardo Nolla, Indianapolis: Liberty Fund.
- TOCQUEVILLE DE A. (2003). *Lettres choisies. Souvenirs*. Françoise Melonio y Laurence Guellec (eds.), París, Francia: Gallimard.
- TOCQUEVILLE DE A. (1996). *El Antiguo Régimen y la Revolución*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- TOCQUEVILLE DE A. (1945). *Democracy in America*, vol. I. Nueva York, Estados Unidos: Alfred A. Knopf.
- WOLIN S. (2001). *Tocqueville between two worlds*. Princeton, Estados Unidos: Princeton University Press.
- ZETTERBAUM M. (1964). Tocqueville: Neutrality and the Use of History. *The American Political Science Review*, 58 (3), pp. 611-621.